

grandes ponencias, sino por el contrario pequeñas comunicaciones en las que de manera sintética se dan a conocer resultados, en unas ocasiones provisionales y en otras definitivos, de investigaciones de campo muy recientes que gracias a su pronta publicación son inmediatamente conocidos en el mundo científico, que puede disponer así de un material todavía fresco sin tener que esperar forzosamente a que aparezca un estudio detallado sobre el mismo, que siempre será bien recibido.

Esta peculiaridad incide muy particularmente en el ámbito de los estudios sobre el Lacio protohistórico y arcaico, que sin duda alguna se ha convertido en la principal «vedette» de estos congresos, ya que son campos de trabajo donde continuamente se producen novedades de gran importancia. Así sucede con los estudios sobre Roma primitiva y arcaica a propósito de un establecimiento humano en el Foro Romano durante la edad del bronce (*Arch. Laz.*, II, 171-176), el hallazgo de fondos de cabañas en el Capitolio (*Arch. Laz.*, I, 28) y un artículo sobre el área sacra de S. Omobono (*Arch. Laz.*, II, 41-47). Pero donde más trascendencia se advierte es en el ámbito general latino, área donde se han concentrado los mayores esfuerzos desde hace ya más de una década con resultados altamente satisfactorios. y en este sentido los encuentros promovidos por el *Comitato per l'archeologia laziale* han interpretado un destacado papel al servir de marco para la difusión inmediata de gran número de estas investigaciones, como lo muestran los trabajos dedicados a Ficana (*Arch. Laz.*, I, 35-41; IV, 258-286) y al establecimiento de Acqua Acetosa Laurentina (*Arch. Laz.*, I, 30-34; II, 21-28; III, 58-64; IV, 57-68, 253-257; V, 28-37), que todavía no han sido publicados monográficamente, y sobre todo los sensacionales descubrimientos del Instituto Holandés de Roma en el solar de la antigua Satricum (*Arch. Laz.*, I, 56-69; III, 172-176; IV, 305-322; V, 48-64), destacando la ya célebre inscripción de Publio Valerio (*Arch. Laz.*, I, 95-100), que con posterioridad fue objeto de un amplio estudio particular (*Lapis Satricanus*, 's-Gravenhage, 1980) y de gran cantidad de artículos; finalmente y en menor medida también han tenido su lugar importantes noticias de notables localidades arqueológicas como Ardea (*Arch. Laz.*, I, 26-27; IV, 293-296; V, 38-47), Castel di Decima (*Arch. Laz.*, II, 37-40), Lavinium (*Arch. Laz.*, II, 48-49; IV, 287-292), Gabii (*Arch. Laz.*, I, 42-50; II, 15-20; III, 43-55, 168-171; IV, 297-304), Campoverde (*Arch. Laz.*, I, 51-55) y la zona de los colli Albani (*Arch. Laz.*, I, 84-86, 94).

En resumen, los congresos de «Archeologia Laziale» se han convertido por merecimiento propio en la principal manifestación científica para periodos fundamentales de la investigación arqueológica (Roma protohistórica, arcaica y republicana), y desde aquí les deseamos nuestros mejores augurios para que siga cumpliendo, como lo ha hecho hasta el momento, el importante cometido que se le ha concedido.

JORGE MARTÍNEZ-PINNA
Universidad Complutense de Madrid

MARTÍN ALMAGRO GORBEA (ed.), *El santuario de Juno en Gabii*, Bibliotheca Italica 17, Roma, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 1982, 624 pp., figs. LXXX láms.

El presente libro constituye la exposición de los resultados obtenidos en las excavaciones llevadas a cabo bajo la dirección de los profs. M. Almagro Basch y A. Balil en el solar de la antigua ciudad latina de Gabii, más concretamente en el área del

llamado templo de Juno, a lo largo de nueve campañas entre los años 1956 y 1969, de común acuerdo entre las correspondientes autoridades italianas y la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. La publicación definitiva de estas investigaciones llega evidentemente con un poco de retraso, pues aunque los resultados ya habían visto parcialmente la luz en artículos sueltos, preferentemente en la revista de la propia Escuela, se echaba desde hacía años en falta un estudio de conjunto que permitiera apreciar en su totalidad este importante centro arqueológico. Pero aunque tardío, este trabajo no ha defraudado en absoluto, pues colma sobradamente todas las esperanzas que se tenían depositadas y su aparición hay que celebrarla con alborozo.

La obra se articula por apartados, cada uno de los cuales con un contenido particular que lo distingue de los restantes y que lo configura, en definitiva, como un artículo independiente y con características propias. Esta organización presenta evidentemente ciertas ventajas, como bien señala el editor en la «Introducción», ya que dado el largo espacio de tiempo transcurrido desde el comienzo de las excavaciones y el hecho de que ninguno de los colaboradores haya participado en las mismas, hacia que éstos desconocieran directamente las circunstancias concretas de los hallazgos, enfrentándose a un material que para ellos no surgía de su propio contexto arqueológico, sino de cajas y almacenes, siendo su único contacto los diarios y demás noticias de las campañas de excavación. Ahora bien, las desventajas también son evidentes, pues se observa una cierta carencia de unidad, así como diferencias de calidad, entre unos artículos y otros, consecuencia todo ello también del elevado número de autores (veintidós en total) que colaboran en el volumen. Sin embargo, estas dificultades se logran salvar en gran medida gracias a dos elementos que constituyen, sin duda alguna, otros tantos aciertos de la obra: la realización en cada apartado de exhaustivos catálogos, con lo que se pone a disposición de la investigación una ingente cantidad de material en gran parte novedoso y perfectamente estudiado, y la «Recapitulación» con que se cierra el libro y que reúne las conclusiones más significativas de los capítulos anteriores de una manera uniforme.

El contenido de la obra se puede articular fácilmente, en razón a la temática, en cuatro grandes partes: una primera de introducción, a continuación el estudio del templo en cuanto conjunto arquitectónico, en tercer lugar el análisis de los materiales y finalmente las conclusiones arqueológicas e históricas. La primera parte, redactada por el prof. M. Almagro Gorbea, se centra exclusivamente en una exposición sobre la historia de las excavaciones, sus vicisitudes, su evolución y los resultados obtenidos en cada campaña, siempre según los datos contenidos en los diarios de excavación y las publicaciones anteriores. La segunda parte, el estudio arquitectónico del templo, consta propiamente de cuatro capítulos. En el primero, obra de S. Lucarelli y de A. Almagro, se presenta el levantamiento de los muros del templo según el método fotogramétrico, sistema de gran utilidad que refleja la forma real del objeto en cuestión. La arquitectura del santuario ocupa el segundo capítulo y en él J. L. Jiménez estudia los diferentes elementos que componen el conjunto —témenos, teatro y templo— y establece sus paralelos y la cronología. De gran valor es el artículo que sigue, donde Jiménez y Almagro Gorbea proponen una reconstrucción del templo tras estudiar la metrología, la modulación y el trazado del mismo. Cierra esta segunda parte una colaboración del prof. F. Coarelli sobre el altar y su inscripción, en la que se menciona a un *CETHEGVVS*, difícil de identificar entre alguno de los Cornelios Cetegos conocidos y que debió intervenir en la construcción del templo.

En el tercer gran apartado se presentan todos los materiales arqueológicos recuperados durante las excavaciones, exceptuando el conjunto de la cerámica de

barniz negro que, como se indica en la «Introducción», por su abundancia y riqueza será objeto de un estudio monográfico propio. El material estudiado comprende por una parte el relativo al propio templo, esto es el arquitectónico, y por otro lado el hallado en las diversas áreas del santuario y que tiene un carácter muy variado: constituyen el primer grupo las terracotas arquitectónicas (X. Dupré), los *bolli laterici* (J. Arxé) y una cabeza femenina procedente del frontón (C. Basas), y el segundo los hallazgos epigráficos (C. Basas), los numismáticos y los *pondera* (P. P. Ripollés), la escultura (P. Acuña), las terracotas votivas y las lucernas (M. A. Elvira), las cerámicas de impasto y las orientalizantes (M. D. Molas), el bucchero (J. Gran Aymerich), las cerámicas áticas (M. Almagro Gorbea), la helenística (E. Mata), la terra sigilata (L. Caballero), la cerámica vidriada (C. Alfaro), la cerámica común y de paredes finas (M. Vegas y A. Martín), los ungüentarios (F. Molina), las ánforas (A. Rodero), los vidrios (P. Acuña) y otros objetos menores. Finalmente M. Almagro Gorbea hace una síntesis de los resultados anteriores, encuadrando el santuario en un amplio contexto topográfico, histórico, religioso y económico, y asimismo establece las diferentes fases por las que atraviesa el templo hasta su abandono definitivo a mediados del siglo III d.C.

Dada la importancia del yacimiento y la gran cantidad y variedad de documentación arqueológica que ha proporcionado, cada uno de los artículos que componen este volumen es de por sí merecedor de un amplio comentario. Sin embargo, quisiera ceñirme tan sólo a dos apartados del mismo, el templo como conjunto arquitectónico y las conclusiones históricas, que por otra parte me parecen los de mayor importancia, puesto que reflejan e incorporan en su contenido todo el conjunto de la obra.

El estudio del complejo arquitectónico del santuario constituye en mi opinión el capítulo más original e importante de las excavaciones españolas en Gabii. Aunque con una historia cultural muy anterior, el santuario cuyos restos siguen todavía parcialmente en pie fue construido a mediados del siglo II a.C., sufriendo a continuación diversas fases reconstructivas, como ha podido constatarse a través principalmente de las terracotas arquitectónicas y de los *bolli laterici*, hasta su total abandono a mediados del siglo III d.C. El complejo se organiza en cuatro elementos fundamentales (el templo, el pórtico, el jardín y el teatro), ofreciendo en conjunto un planteamiento urbanístico, de acuerdo con la topografía del lugar, que denuncia estrechas relaciones con el mundo griego helenístico, pudiéndose pensar incluso en la mano de Hermógenes no ya como arquitecto del santuario, sino en todo caso como maestro e inspirador del artista que trazó los planos del mismo. Por otra parte, el santuario de Juno aparece también como un antecedente muy claro, privilegio que comparte con otros ejemplos italianos, de la posterior arquitectura romana del siglo I a.C. y de época alto-imperial, recogiendo la influencia helénica y traduciéndola a los ideales romanos: así, la estructura del conjunto se anticipa a los distintos foros imperiales de Roma; el teatro, que posteriormente tendrá una amplia difusión en las provincias occidentales del Imperio (cf. últimamente E. Bouley, «Les théâtres culturels de Belgique et des Germanies. Réflexions sur les ensembles architecturaux théâtres-temples», *Latomus*, XLII, 1983, 546-571) y aunque no ha podido excavar, su existencia parece segura; el jardín sacro, elemento de origen griego que reúne un significado religioso a una función ornamental urbanística, etc. Un importantísimo aspecto que es de justicia destacar en este estudio es el trabajo, que puede calificarse sin reparos como excepcional, de M. Almagro Gorbea y J. L. Jiménez sobre la reconstrucción del templo, resultado al que se ha llegado mediante el hallazgo de aquellos elementos que sirvieron de pauta al arquitecto para elaborar los planos.

fundamentalmente la aplicación en el trazado del triángulo rectángulo $3 \times 4 \times 5$, hecho que confirma la clara influencia helenística y que permite confrontar los resultados así obtenidos con el modelo vitruviano, observándose en este aspecto notables coincidencias que reafirman lo anterior.

El último apartado de «Recapitulación» constituye en primer lugar un esfuerzo notable de síntesis y de interpretación históricas, aspecto que se revaloriza ante el hecho evidente de una documentación no siempre lo clara que se quisiera. Los restos arquitectónicos datan, como ya se ha dicho, de mediados del siglo II a.C. y a partir del momento de su edificación la historia del santuario puede reconstruirse sin grandes dificultades, pudiéndose establecer diferentes fases de restauración coincidente la primera con el establecimiento de colonos militares en época silana, la segunda fechada durante el reinado de Augusto y la tercera y última bajo Adriano, como testimonian la epigrafía y otros documentos. Sin embargo, los periodos anteriores a la construcción del santuario helenístico y las propias circunstancias que determinaron este acontecimiento permanecen en muchos aspectos en el campo de las hipótesis, hecho que se puede atribuir en primer lugar a que la excavación de la Escuela Española no ha sido completa, pero también y no en escasa medida a las condiciones en que se encuentran el propio yacimiento y su misma historia, a saber las escasísimas noticias literarias y epigráficas sobre Gabii y la falta de extensas prospecciones arqueológicas sobre el lugar, que hasta el momento se han centrado solamente con cierta profundidad, además de en la zona que comentamos, en la necrópolis protohistórica de Osteria dell'Osa, fuera de la ciudad (*Ricerca su una comunità del Lazio protostorico*, Roma, 1979), y en el templo oriental, carente todavía de una publicación monográfica (cf. últimamente M. Guaitoli, «Gabii», *PP*, XXXVI, 1981 pp. 161 ss.), investigaciones en general que vienen también condicionadas por la destrucción a que se vio sometido el lugar ya desde época romana cuando se convirtió en cantera de piedra, del *lapis gabinus*.

A pesar de todas estas dificultades, el prof. Almagro Gorbea consigue en numerosas ocasiones salvar los graves problemas que le plantean la interpretación y significación históricas y religiosas del monumento, ofreciendo en definitiva un cuadro muy sugestivo de lo que debió ser este lugar sacro. Así, comienza el autor destacando la situación topográfica, desde donde se domina toda la antigua ciudad y las importantes vías de comunicación, más particularmente la vía Praenestina, que allí confluían; la vinculación desde el momento de la consagración del lugar a un bosque sagrado y que luego la racionalización urbanística del helenismo transformaría en el jardín; las antiguas funciones comercial y política que desempeñaba el templo y que posteriormente se materializaron, por la misma razón expuesta para el jardín, en las *tabernae* porticadas del témenos y en el teatro respectivamente. Otro aspecto muy importante que se pone de manifiesto es el relativo a la divinidad tutelar del santuario, zanjando definitivamente a favor de Juno una atribución que últimamente había puesto en entredicho F. Castagnoli («Les sanctuaires du Latium archaïque», *CRAI*, 1977, p. 473): la aparición de la inscripción *IVN(ONIS)* en el podio de unas antefijas y el análisis del material votivo confirman a Juno en su papel de diosa propietaria del templo.

Ahora bien, existen también algunos puntos problemáticos que en mi opinión no están completamente aclarados y que quizá su solución se encuentre todavía escondida bajo los restos conservados, de manera que una exploración más profunda no sólo de este lugar, sino de todo el yacimiento de Gabii en general, pueda proporcionar una nueva luz que ilumine estos problemas. Algunos son de carácter

menor y no tienen demasiada incidencia en la interpretación de conjunto del santuario, como ocurre por ejemplo en la relación del templo con el agua y en la asociación cultural que parece plantearse entre la diosa Fortuna y Juno; pero otros afectan ya a cuestiones de peso, como son los problemas que rodean las circunstancias de la construcción del santuario a mediados del siglo II a.C. y los relativos a las primeras fases culturales de época arcaica.

Respecto a esto último, en repetidas ocasiones se afirma que en la obra que Juno debe considerarse como la divinidad poliada de Gabii, hecho que parece confirmarse por las noticias literarias (Verg., *Aen.*, VII, 682; Sil. Ital., XII, 537) y por la propia situación topográfica del templo, ubicado en un lugar ciertamente dominante sobre la ciudad. Sin embargo, no deja de ser sorprendente el hecho de que habiéndose definido el aspecto urbanístico del territorio con la formación de la ciudad a finales del siglo VII a.C. (E. Tortorici, «Topografia della necropoli dell'Osa», *BPI*, XXIII, 1972/74, pp. 300 ss.; P. Zaccagni, «Gabii - La città antica ed il territorio», *QuadAEl*, I, 1978, p. 42), el templo de la divinidad poliada, elemento fundamental de la ciudad antigua, no aparece hasta un siglo más tarde, época en que se documenta el paso de una facies de hábitat —por lo demás de cabañas, cuando ya tendría que ser de casas— a otra de santuario en el lugar del templo. Por el contrario, el santuario oriental presenta una primera fase cultural precisamente a finales del siglo VII o comienzos del siguiente, en total concordancia con el panorama general del Lacio en esta época, pero su situación extramuros le priva automáticamente de tal privilegio ciudadano.

Por lo que se refiere finalmente al primer problema planteado arriba, las razones económicas y sociales que propiciaron la construcción del santuario, los hechos conocidos no dejan de ser en gran medida contradictorios y sorprendentes, puesto que la gran remodelación del santuario datada en época helenística viene a coincidir con el período de mayor decadencia de la ciudad, del que fue una de sus principales víctimas el santuario oriental (M. Guaitoli, *op. cit.*, p. 171), y este acontecimiento necesitaba lógicamente el desembolso de grandes cantidades de numerario que la comunidad ciudadana gabina evidentemente no poseía. Las posibilidades que se barajan al respecto son varias, pero ninguna logra convencer de manera definitiva: no es muy seguro que el santuario fuese costeado en su totalidad, opinión en la que más incide el prof. Almagro Gorbea, por un Cornelio Cetego, pues aunque su nombre aparezca mencionado en la inscripción del altar, no considero ésta una prueba concluyente; tampoco está muy claro que los rendimientos económicos que pudieran derivarse de la explotación intensiva de las canteras del *lapis gabinus* incidieran positivamente en la economía de la ciudad, puesto que ésta continuó decayendo progresivamente a juzgar por los testimonios literarios (Cic., *Planc.*, 9,23; Dion., IV, 53,1; Hor., *Epist.*, I, 11,7; Prop., IV, 1,34; Lucan., *Phars.*, VII, 392), aunque cierto es que en época imperial se construyeron algunos edificios públicos a lo largo de la vía Praenestina, lugar donde se concentró la población cuando el área urbana fue abandonada (cf. M. Guaitoli, *op. cit.*, p. 154); finalmente tampoco hay pruebas evidentes de que el santuario de Gabii ejerciera cualquier función de tipo bancario, como sí sucedía en el templo de Hércules tiburtino y en el de Fortuna de Praeneste (vid. G. Bodei Cigliani, «Pecunia fanatica. L'incidenze economica dei templi laziali», en F. Coarelli, *Studi su Praeneste*, Perugia, 1978, pp. 3 ss.), y la función económica que ciertamente tenía de mercado local no parece que pudiera proporcionar recursos suficientes para enfrentarse a una obra de estas características.

En definitiva, muchos aspectos están todavía dentro de las hipótesis y muy probablemente hasta que no aparezcan nuevos documentos, una solución definitiva es